

## LUIS NICOLAU D'OLWER

Nació en Barcelona, España el 20 de enero de 1888. Falleció en México, D. F., el 24 de diciembre de 1961.

Humanista, historiador, político. Consagrado a la historia y literatura medievales escribió entre otras obras: *La Catalogne a l'epoque romane*; *Le cadre historique et sociale*; *Escriptors llatins de Catalunya*; *L'expansió de Catalunya en la Mediterrània Oriental*; *Resum de Literatura Catalana*, etc. En México su interés por la historia americana se acrecentó y publicó numerosos estudios en *Cuadernos Americanos* y los libros *Fray Bernardino de Sahagún* (1952); y *Cronistas de las culturas precolombinas* (1963); el estudio hecho a los escritos de Motolinía aparecido en *Relaciones de Nueva España* por Fray Toribio de Benavente (Motolinía), México, Imprenta Universitaria, 1956 (Biblioteca del Estudiante Universitario); y el estudio preliminar de las *Relaciones diplomáticas Hispano-mexicanas (1839-1898). Documentos procedentes del Archivo de la Embajada de España en México* (1949).

Le recordó en breve semblanza *Climen*.

Fuente: Luis Nicolau d'Olwer. *Fray Bernardino de Sahagún (1499-1590)*. México, D. F. Comisión de Historia, 1952. 229-12 p. Il. (Historiadores de América). p. 155-171.

### FRAY BERNARDINO DE SAHAGUN

Las tierras vírgenes del Nuevo Mundo ofrecían a conquistadores y aventureros el señuelo de sus riquezas, que imaginaban fabulosas; pero en los hombres de espíritu evangélico despertaron la esperanza de implantar en ellas, con toda su pureza, la fe y la moral cristianas. Veían en sus pobladores —supuestos en la “edad dorada” del estado natural— el posible plantel de una sociedad mejor, de un mundo nuevo, no realizable en la cansada “edad de hierro” de la vieja Europa, que entregada al fervor renacentista había llevado al cadalso a Savonarola. América se convirtió así en una tierra de utopía, o mejor de utopías, pues no debe confundirse la del humanista Vasco de Quiroga con la utopía de los misioneros franciscanos.

Ambas están dominadas por el signo de la cruz y parten como base común de la conversión de los indígenas; ambas tienen como designio final “reformular, restaurar y legitimar, si posible fuese, la doctrina y vida cristiana y su santa sim-

plicidad, humildad, piedad y caridad en esta renaciente iglesia en esta edad dorada entre los naturales, que en nuestra edad de hierro lo repugna tanto nuestra y casi natural soberbia, codicia, ambición y malicia desenfrenadas". Pero Vasco de Quiroga, cuyas son estas palabras, pretenderá realizar las concepciones político-sociales de Tomás Moro, mientras que los franciscanos ambicionan, nada más y nada menos, instaurar el reino de Cristo.

Fray Martín de Valencia, jefe de los "doce apóstoles" llegados a la Nueva España en 1524 y por largo tiempo inspirador de sus actividades, estuvo en relación, desde antes de 1516, como certifica Motolinía, con la beata de Barco de Avila, a la cual se atribuye, pero sin caer en herejía, la adhesión al reformismo espiritual italiano de la beata de Piedrahita. Sospechosa ésta de *iluminismo*, la Inquisición la había procesado (hacia 1511), "pero como no resultaba error claro y positivo, y la beata tenía altos protectores, la causa quedó indecisa.

Cualquiera que sea el valor de esta filiación ideológica, es cierto que los franciscanos trataron de realizar en la Nueva España una utopía político-religiosa que era, como la del reformador de Florencia, una verdadera teocracia. Hacíanse fuertes para ello en dos bulas papales, una de León X y otra de Adriano VI cuyos originales conservaban en San Francisco de México; y aunque la natural oposición de las autoridades civiles y de los obispos mucho cercenó a los poderes que por aquellas bulas se atribuían los misioneros, ellas fueron durante largo tiempo el título justificativo de su actuación político-religiosa.

Pronto vieron los franciscanos que su anhelo de instaurar el reino de Cristo en la sociedad indiana sólo sería posible acaparando a la nueva generación desde su tierna infancia. Una sociedad enteramente nueva, cual la ambicionaban los misioneros, nunca se edifica con los hombres del pasado: la conversión, aun sincera, no mata al hombre viejo. Cuando no se quiere suprimir a los antiguos, se opta por aislarlos. Urgía pues, ante todo, preservar a la infancia del contacto familiar, y para ello temóse el estilo "de criar a los muchachos en nuestras casas —dice Sahagún—; y dormían en la casa que para ellos estaba edificada junto a la nuestra, donde los enseñábamos a levantarse a medianoche, y los enseñábamos a decir los maitines de Nuestra Señora, y luego, de mañana, las horas; y aun les enseñábamos a que de noche se azotasen y tuviesen oración mental.

Los muchachos así formados fueron, como diríamos hoy, *brigadas de choque* para la destrucción material de las idolatrías. "Juntábanse gran copia de ellos, y después de haberse enseñado un rato, iba un fraile con ellos, o dos, y subíanse en un *cu* y derrocábanlo en pocos días, y así derrocaron en poco tiempo todos los *cúes*, que no quedó señal de ellos, y otros edificios de los ídolos dedicados a su servicio." Es más, ellos ayudaban también "para destripar los ritos idolátricos que de noche se hacían y las borracheras y areitos que secretamente y de noche hacían a honra de los ídolos, porque de día éstos espiaban en donde se había de hacer algo de esto de noche, y de noche a la hora conveniente iban con un fraile y con dos, sesenta o cien de estos criados de casa, y daban secretamente sobre los que hacían alguna cosa de las arriba dichas, de idolatría, borrachera o fiesta, y prendíanlos a todos y atábanlos y llevábanlos al monasterio, donde los castigaban y hacían penitencia". Agrega Sahagún: "Fue tan grande el temor que toda la gente popular cobró a estos muchachos que con nosotros se criaban, que después de pocos días no era menester ir con ellos, ni enviar muchos, cuando se hacía alguna borrachera de noche, que enviando diez o veinte de ellos prendían y ataban a todos los de la fiesta o borrachera, aunque fuesen cien o doscientos, y los traían al monasterio para hacer penitencia; y de esta manera se destruyeron las cosas de la idolatría, que nadie en público ni de manera que se pudiese saber, osaba hacer nada que fuese de cosas de idolatría o de borrachera o fiesta; y cuando ellos querían hacer alguna fiesta para su regocijo temporal, o convidar a sus parientes y amigos, hacíanlo con licencia de los religiosos, protestando primero que ninguna cosa de idolatría ni de otra ofensa a Dios había de haber en el negocio".

¿Cómo no pensar en los *Piagnoni* de Savonarola, que en Florencia quemaban cuadros, estatuas y otros objetos "mundanos", y practicaban una especie de inquisición, vigilando y denunciando a los habitantes sospechosos de tibieza?

Al separarse, la nueva generación y la antigua se enfrentaban, a veces hasta la delación y el crimen: "algunos de los muchachos que se criaban en nuestras casas —relata el propio misionero— a los principios, porque nos decían las cosas que sus padres hacían de idolatría siendo bautizados, y por ellas los castigábamos, los mataban sus padres y otros los castigaban reciamente".

Y para que el fruto obtenido en el pensionado no se malo-

grase, los jóvenes constituían sus hogares en poblaciones nuevas, separados tanto de los españoles como de los indios viejos. "Hízose también a los principios una diligencia en algunos pueblos de esta Nueva España donde residen los religiosos, como fue en Cholula y en Huexotzingo, etc., que los que se casaban los poblaban por sí, junto a los monasterios, y allí moraban, y de allí venían todos a misa cada día al monasterio, y les predicaban el cristianismo y al modo de la cohabitación matrimonial, y era muy buen medio para sacarlos de la infección de la idolatría y otras malas costumbres, que se les podían apegar de la conversación de sus padres."

Aspirábase, en suma, a formar con los conversos, más que una sociedad cristiana, una verdadera comunidad religiosa, regida espiritualmente por los misioneros, de tal manera que la "república indiana" no tuviera otro nexo con las autoridades reales que los mismos frailes. Se comprende el recelo de los conquistadores y su denuncia de que los franciscanos querían alzarse con la tierra y complotaban con los indios para arrojar de ella a todos los blancos.

La utopía de los franciscanos no podía realizarse en toda su amplitud, aparte de otras razones, por lo exiguo del número de los misioneros en relación con el de los naturales de la Nueva España; pero aun sus pequeños intentos de los pensionados y de las poblaciones de los indios jóvenes fracasaron. Los pensionados, por la resistencia de muchas familias indígenas a desprenderse de sus hijos, y también porque los frailes mismos hubieron de renunciar a ellos. Sahagún lo refiere, con su habitual sinceridad, al decir que los colegiales, "como no se ejercitaban en los trabajos corporales como solían y como demanda la condición de su briosa sensualidad, y también comían mejor de lo que acostumbraban en su república antigua, porque nosotros ejercitábamos con ellos la blandura y piedad que entre nosotros se usa, comenzaron a tener bríos sensuales y a entender en cosas de lascivia, y así los echaron de nuestras casas, para que se fuesen a dormir a las casas de sus padres; y venían a la mañana a las escuelas, a aprender a leer y escribir y cantar".

Poco duraron asimismo los pueblos de nuevos cristianos, "porque ellos hicieron entender a los más de los religiosos que toda la idolatría, con todas sus ceremonias y ritos, estaba ya tan olvidada y abominada que no había para que tener este recatamiento, pues que todos eran bautizados y siervos del verdadero Dios; y esto fue falsísimo, como después

acá lo hemos visto muy claramente". En fin, no fue posible separar a los indígenas de los españoles, porque a ello se oponían los intereses de los conquistadores y de los colonos.

En lugar de una renovada sociedad indígena, en la cual se encarnara por vez primera la pureza evangélica, la que se constituyó en la Nueva España yuxtapuso, cuando no mezcló, el catolicismo de los conquistadores, con sus vicios y defectos, el de muchos cristianos recientes, injerto en creencias, ritos y supersticiones idolátricos, y la antigua religión de los no evangelizados o de aquellos que habiéndolo sido superficialmente volvían a la idolatría. Cúpole a Fray Bernardino, perspicaz y realista, percatarse quizá el primero del fracaso del intento franciscano, y deplorarlo.

Si la utopía político-religiosa de los franciscanos se quedó en eso, en utopía, su misión evangelizadora, en cambio, su "conquista espiritual", para usar un término ya consagrado, fue una realidad cuyos frutos permanecen.

Frente a las religiones y civilizaciones paganas parecen distinguirse *grosso modo* —observa Ricard— dos principales actitudes misioneras, o si se quiere dos sistemas: el sistema "de la tabla rasa", o de la ruptura absoluta, y el que puede llamarse "de la preparación providencial". El principio fundamental de este sistema es que ningún pueblo vive en el error total y que aun los más atrasados o decaídos albergan, por lo menos, una partícula de la verdad y un oscuro anhelo de luz y de perfección. Se trata de descubrir aquella partícula, de hacer consciente este anhelo y de tomarlos como base y punto de partida de la evangelización. "El misionero no crea, transporta al plano cristiano lo que halla en las costumbres paganas."

Esta tendencia, que prevalece ahora, no es la que inspira a los misioneros del siglo XVI, porque ellos no conciben la idolatría como un error de la humanidad caída, sino como una obra directa del diablo. Las semejanzas superficiales que se puedan constatar de creencias y ritos del paganismo mexicano con otros de la religión cristiana, no fueron aprovechadas por los misioneros, que no veían en aquellas partículas de verdad, restos de la religión natural, sino parodias satánicas, añagazas diabólicas para mantener a los indígenas en el error e impedirles aceptar la religión verdadera.

La misión de la Nueva España parte, por tanto, de la tabla rasa, considerando corrompido lo que halla delante de sí. ¿Hasta dónde se extiende, sin embargo, tal corrupción y, por consiguiente, la tabla rasa que hay que hacer de ella?

Por lo que respecta al ámbito religioso, no se ofrece duda. Las creencias y las prácticas antiguas, han de ser desarraigadas, sus símbolos y sus recuerdos, íntegramente destruidos: otra conducta significaría un pacto imposible entre Dios y el diablo. De ahí la obstinación de los misioneros en perseguir tanto las idolatrías mismas como una parte de lo que podía conservar su memoria. En el terreno religioso se propugna, pues, unánimemente, la ruptura con el pasado.

Pero fuera del ámbito religioso la unanimidad desaparece. Para algunos, seguramente los más, la tabla rasa ha de ser completa. Las instituciones políticas y sociales, las tradiciones indígenas todas, son condenadas en masa. El neófito deberá romper de manera absoluta con su medio y su vida anterior. La conversión no será para él un perfeccionamiento, sino una renovación total. Apóyase esta tendencia, de una parte, en el hecho de que toda la tradición indígena está más o menos teñida por su religión, y de otra en el concepto muy mediocre que la mayor parte de los misioneros parecen haberse formado de la capacidad espiritual de los indígenas, a quienes consideran como niños que deben ser tutelados.

La tendencia de los otros misioneros, la de aquella selecta minoría que más a fondo ha estudiado y comprendido la civilización antigua, no admite que el sistema de la tabla rasa, aplicable a la conversión de pueblos primitivos y salvajes, convenga a naciones de un positivo grado de cultura, cual los nahuas, los tarascos y los mayas. El neófito no tiene necesidad de romper con toda su vida anterior. Puede conservar de sus tradiciones todo lo que es bueno.

Ambas tendencias concuerdan en una actitud positiva de la mayor importancia: en respetar "la sangre del espíritu" —la lengua— y con ella la personalidad del indígena. Los misioneros no se entregaron a una tarea de hispanización. Para ser buen cristiano, el indígena no está obligado a trocar su lengua propia por la lengua de los conquistadores. Siendo la Iglesia una institución supranacional, le es lícito al mexicano permanecer mexicano; pero además, el misionero se esfuerza en que no deje de serlo, pues, fracasada la utopía, la conservación de la lengua autóctona, y sólo ella, aísla al indígena cristiano de los españoles, cuyos malos ejemplos podrían pervertirlo.

¿Cuál es, dentro de este marco general de la misión de la Nueva España, la actitud personal de Sahagún? ¿Qué piensa de los métodos y de los resultados?

Profesa Sahagún la arraigada creencia de que las idolatrías, así entre los pueblos de la antigüedad greco-latina como entre los mexicanos, “provino en parte por la ceguedad en que caímos en el pecado original, y en parte por la malicia y envejecido odio de nuestro adversario Satanás, que siempre procura de abatirnos a cosas viles, ridiculas y muy culpables”. El diablo anda suelto por el mundo, y no sólo es padre de la idolatría, sino que todos los dioses de los gentiles son demonios. “Así lo testimonia la Sagrada Escritura: *“Omnes dii gentium daemonia.”* Por ello juzga Fray Bernardino tan difícil la empresa del misionero, y tan posible el retorno ofensivo de la idolatría. El demonio no duerme. De ahí que Sahagún no tome una actitud negativa ante los prodigios y monstruosidades de que hablan los indígenas; su creencia en las fuerzas preternaturales le obliga a conceder el beneficio de la duda a aquello que su buen sentido negaría como naturalmente imposible. Recordemos, por ejemplo, sus palabras comentando la anécdota referida por Fray Francisco Tembleque a propósito de *Xiuhcóatl* y de un rayo caído en la iglesia de los franciscanos: “Aquel rayo hizo otros daños en la iglesia y en el retablo della y en la casa, y dijeron los indios que estaban en casa que habían visto este *Xiuhcóatl* como una serpiente grande que salía de lo interior de la casa por la portería fuera, y todos los que vieron salir quedaron como tontos por algunos días, *donde parece que éste era artificio del diablo y de nigrománticos, que lo invocaban para hacer estas obras.*”

Diferente, sin embargo, es el tono de Sahagún cuando, sin ánimo de catequesis ni de controversia, intenta dar una información objetiva. El origen teológico de la idolatría cede entonces el paso a su origen histórico. Así lo vemos en el *Breve Compendio* dirigido por Sahagún al papa Pío V, donde resume y sistematiza la mitología azteca. “Entre los filósofos antiguos —escribe con tono erudito, que se le antojaría apropiado a la Roma renacentista— unos dijeron que ningún dios había, y desta opinión fueron muchos; Xenócrates dijo que había ocho dioses y no más; Antístenes dijo que había muchos dioses populares, pero sólo uno todopoderoso, criador y gobernador de todas las cosas. Esta opinión o creencia es la que he hallado en toda esta Nueva España. Tienen que hay un dios que es puro espíritu, todopoderoso, creador y gobernador de todas las cosas, al cual llaman Tezcatlibuca.” Rango inferior ocupan los “dioses populares o domésticos”, hom-

bres y mujeres “que habían hecho cosas notables y hazañas en la República, y por estas sus obras los canonizaron por dioses”. Unos eran de general adoración, como Huizilopochtli (a quien los mexicanos tenían por más principal), Quetzalcóatl, etc., mientras que otros recibían culto particular de las clases o gremios de artesanos, artistas, etc., a los cuales patrocinaban. Aparte de esos mortales divinizados, existían los “dioses imaginarios”, pero antropomórficos, personificación de fuerzas naturales, o que “herían con enfermedades o infortunios a los que los ofendían o no los servían”. También los astros, en fin, eran adorados como dioses. Sólo una vez —en forma soslayada y dubitativa— alude Sahagún a influencia del demonio en su sistema del politeísmo mexicano: al afirmar que estos naturales atribuyen a Tezcatlipoca “toda su fiducia y hermosura y bienaventuranza; aunque también le atribuyen muchas otras cosas que más pertenecen a la natura diabólica que a la divina”. En cambio, en el *Arte Adivinatoria*, obra destinada a los misioneros, llama al mismo Tezcatlipoca “diablo Satanás”, enemigo de Dios y de los hombres.

Como en el mismo *Breve Compendio* observa Sahagún que los mexicanos, a más de creer —como hemos dicho— en un dios “puro espíritu, todopoderoso, creador y gobernador de todas las cosas”, creen también que el mundo “ha tenido principio y tendrá fin”, así como en una vida futura, en la inmortalidad del alma, en el cielo, en el infierno y en los demonios, y como al mismo tiempo reconoce sus ayunos y sus penitencias, parece preparado para aceptar el sistema misionero de la “preparación providencial”. Pero no lo hace: hubiera sido adelantarse a su época. Las constataciones de nuestro autor sobre la confesión hacen pensar que las analogías externas entre ambas religiones, por las confusiones que provocaban en el espíritu de los indios, así como por los errores a que inducían a los misioneros, las consideraban más perjudiciales que útiles.

La persecución de la idolatría, pues, según el ánimo de Sahagún, ha de ser total, a fondo, pero inteligente. Para ello quiere dotar al misionero —tras un esfuerzo único, por lo considerable y metódico— de una formación etnográfica. Las dificultades que se crearon a la obra de Sahagún hicieron fracasar su intento, y nuestro autor atribuye el desconocimiento que los misioneros tenían de la antigua religión mexicana funestas consecuencias en la evangelización de la Nueva España, sobre la cual formula, en los últimos años de su vida, “un



juicio terrible, que casi es una condenación”, como dice Ricard.

“Es cosa clara —afirma Sahagún— que todo está falso; porque con estar todos bautizados adultos, y que siempre se van bautizando los niños, y que los padres los van catequizando en su fe fingida, y acudiendo todos ellos en lo público a recibir los sacramentos y a festejar las fiestas de los cristianos, en lo interior no dejan de tener a sus dioses por dioses, ni de hacerles servicios, ofrendas y fiestas en lo oculto, en cuanto sufre el ser secreto este negocio.” Los indios continúan sus prácticas paganas, sacrifican animales a los cuales arrancan el corazón, como en otro tiempo hacían con las víctimas humanas. Adoran ídolos disimulados en los santuarios cristianos, y cuando éstos se elevan en el emplazamiento de los templos destruidos, es a sus antiguas divinidades a quien van a adorar allí. Los mexicanos consintieron en hacerse cristianos y recibir el bautismo, pero en el fondo de sus corazones en modo alguno aceptaron abandonar sus antiguas costumbres, renegar sus tradiciones y renunciar a sus divinidades. No vieron lo contradictorio de semejante actitud, porque desde el principio fueron admitidos al bautismo sin poner en claro la cuestión, y los primeros misioneros no cesaron de afirmar que los indígenas habían cesado enteramente de ser paganos y que habían aceptado con toda lealtad la fe cristiana. Más tarde diversos incidentes descubrieron la supervivencia secreta de la idolatría, pero se hizo el silencio en torno a esta revelación, tanto por salvaguardar la verdad oficial como para evitar el escándalo... Mucho hay de exacto en las palabras de Sahagún, pero la mayor verdad que encierran es su amargo desengaño. No desespera, sin embargo, y concluye: “Es menester con gran cordura y cautela procurar de sanar este cáncer solapado, sin hacer daño a los que de verdad creen, y esto es conforme a la parábola que el Salvador predicó de la zizaña que el enemigo sembró sobre la buena semilla”. Por ello hasta los últimos años de su vida consagró sus fuerzas a combatir las supersticiones idolátricas latentes bajo el nuevo culto. La pureza ideal de su religión no le permitía transigir con amalgamas o paliaciones que otros aceptaban, acaso porque vinieron a América acostumbrados a prácticas y creencias no menos alejadas de la espiritualidad cristiana.

Si por lo que afecta a la religión Sahagún comparte el método misionero de la tabla rasa, lo rechaza, en cambio, en todos los otros aspectos de la vida indiana. Pertenece al grupo

de franciscanos, y fue el más importante de todos ellos, partidarios del estudio a la vez científico y simpático de la civilización indígena. Al ahondar en el conocimiento del pueblo indiano, se compenetra cordialmente con él. Su posición ante el indio no es vaga filantropía, ni puro sentimiento de caridad cristiana, ni menos aún protección distante y desdeñosa, sino amor franciscano y amistad sincera, tejidos de respeto por sus cualidades y de conmiseración por sus desdichas.

Cual ninguno, Sahagún se afirma contra la hipótesis del indio incapaz, sujeto a perpetua tutela. Con probidad científica aprovecha y públicamente agradece la colaboración de los indígenas a su obra: da el nombre de sus informadores, redactores y aun pendolistas, y proclama la "grande ayuda y mucha lumbre" recibidas de los indios *latinos*. Admira el talento de los mexicanos "que son hábiles para todas las artes mecánicas, y las ejercitan; son hábiles también para aprender todas las artes liberales y la santa teología, como por experiencia se ha visto en aquellos que han sido enseñados en estas ciencias; porque de lo que son en las cosas de guerra, experiencia se tiene de ellos, que así en la conquista de esta tierra, como de otras particulares conquistas que después acá se han hecho, cuan fuertes son en sufrir trabajos de hambre y sed, frío y sueño; cuan ligeros y dispuestos para acometer cualesquier trances peligrosos. Pues no son menos hábiles para nuestro cristianismo, si en él debidamente fueran cultivados".

Aquilata sobre todo la antigua organización de la enseñanza azteca. "Páreceme que era buena —dice— y, si limpiada de todo lo idolátrico que tenía y haciéndola del todo cristiana, se introdujese en esta república indiana y española, cierto sería gran bien y sería causa de librar así a la una república como a la otra de grandes males, y de grandes trabajos a los que las rigen." Alaba también el antiguo sistema de organización y gobierno. "En esta nación indiana, y más principalmente entre los mexicanos —dice— los sabios retóricos, virtuosos y esforzados, eran tenidos en mucho, y de éstos elegían para pontífices, señores, principales y capitanes; por de baja suerte que fuesen. Estos regían las repúblicas, guiaban los ejércitos y presidían en los templos. Fueron cierto en estas cosas extremados, devotísimos para con sus dioses, celosísimos de sus repúblicas, y entre sí muy urbanos, para con sus enemigos muy crueles, para con los suyos humanos y severos; y pienso que por estas virtudes alcanzaron el imperio, aunque les duró poco, y ahora todo lo han perdido, como lo verá

claro el que cotejare lo contenido en este libro con la vida que ahora tienen. La causa de esto no la digo por estar muy clara". En fin, para justificar el contenido de su Libro VIII, nuestro autor afirma: "Y porque hay muchas cosas notables en el modo de regir que estos naturales tenían, compilé este volumen, que trata de los señores y todas sus costumbres."

Incluso en el orden de la filosofía moral, Sahagún reconoce y proclama la excelencia de la cultura mexicana. Subraya, en el Libro VI, los "admirables avisos", los "razonamientos llenos de muy buena doctrina en lo moral" y propone por modelo a los predicadores las pláticas de los padres mexicanos a sus vástagos llegados a la edad de discreción: "Más aprovecharían estas dos pláticas dichas desde el púlpito, por el lenguaje y estilo en que están (*mutatis mutandis*), a los mozos y mozas, que otros muchos sermones."

Perfecta cuenta se da Sahagún del valor indigenista de su *Historia*. "Aprovechará mucho toda esta obra —dice— para conocer el quilate de esta gente mexicana, el cual no se ha conocido... Así están tenidos por bárbaros y por gente de bajísimo quilate; como según verdad, en las cosas de policía echan el pie delante a muchas otras naciones que tienen gran presunción de políticas, sacando fuera alguna tiranía que su manera de regir contenía. En este poco que con gran trabajo se ha rebuscado, parece mucho la ventaja que hicieran, si todo se pudiera saber."

Es muy notable la coincidencia entre las ideas de Sahagún y las de Alonso de Zorita, acerca de la personalidad y de la cultura de los mexicanos. También Zorita observa que, con la pérdida del buen gobierno de los indios antiguos, todo se ha vuelto confusión; constata que los mexicanos son gente "de mucha habilidad, y que han deprendido cuantos oficios manuales saben los españoles, con muy gran facilidad y muy en breve, y algunos de sólo verlos y en pocos días, y hay entre ellos buenos latinos y músicos"; concluyendo que aquellos que los llaman bárbaros, "por lo mismo nos lo podrían llamar a los españoles, y a otras naciones tenidas por de mucha habilidad y prudencia". Alonso de Zorita conocía personalmente a Fray Bernardino, habiéndolo tratado en los diez años de su auditoría en la Audiencia de México (1554-1564).

Nuestro autor, que es todo lo contrario de un racista, si reconoce defectos en los indios, no le parecen ingéritos, sino que los atribuye a las condiciones naturales del país; pero asegura que contra tales defectos prevenía el austero rigor

de la educación política y moral del antiguo régimen. En cambio, derrocado aquel régimen y cesada aquella educación con la conquista, que quiso reducir a los indios "a la manera de vivir de España, así en las cosas divinas como en las humanas", el nivel moral se ha relajado y la naturaleza obra sus efectos. ¿Cómo culpar de ello a los indios, si lo propio ocurre con los españoles? "No me maravillo tanto —escribe— de las tachas y dislates de los naturales de esta tierra, porque los españoles que en ella habitan, y mucho más los que en ella nacen, cobran estas malas inclinaciones: los que en ella nacen, muy al propio de los indios, en el aspecto parecen españoles y en las condiciones no lo son; los que son naturales españoles, si no tienen mucho aviso, a pocos años andados de su llegada a esta tierra se hacen otros; y esto pienso que lo hace el clima o constelaciones de esta tierra. Pero es gran vergüenza nuestra que los indios naturales, cuerdos y sabios antiguos, supieron dar remedio a los males que esta tierra imprime a los que en ella viven, obviando a las cosas naturales con contrarios ejercicios, y nosotros nos vamos al agua abajo de nuestras malas inclinaciones."

La lengua mexicana no era únicamente para Fray Bernardino el instrumento indispensable de la predicación, ni menos aún el valladar que preservara a los indígenas del contagio con los españoles: era el objeto de un estudio desinteresado —científico y artístico. La mayor prueba de estima hacia un pueblo es aprender su lengua, no ya con el fin utilitario de comprenderla y hacerse comprender, sino con el designio de trabajar por su pureza y por su persistencia. Este cordial homenaje rindió Sahagún al pueblo mexicano, llegando a dominar la lengua nahuatl en tal manera, que fue llamado "la mejor lengua de México", "la más elegante y propia que hay en estas partes". Afirma, además, Mendieta que "ninguno tanto se ha ocupado en escribir en ella".